



# Un futuro bajo las estrellas

Fernando González Viñas

Siempre que he hablado o escrito del pueblo lo he solido hacer echando la vista atrás. Que si mi abuela Rogelia vestida de negro, que si mi tío Ruperto corría delante de las vacas... Va siendo hora de mirar hacia el futuro. Como todo el mundo sabe, salí de niño del pueblo

y solo vuelvo esporádicamente. Eso no me impide tomar el pulso a este Villanueva del Duque que hace algo más de un siglo tenía 5.000 habitantes, en 1960 eran 3.000, y ahora raspamos los 1.300. Se cerraron las minas, llegó la emigración a Alemania y ya nunca, a nivel poblacional, se levantó cabeza. Los futuros de la España que se ha ido despoblando no son fáciles cuando no hay algo concreto que genere trabajo, una industria, una iglesia visigoda o un restaurante como el Bulli de Ferrán Adriá, que también estaba localizado al margen de las grandes rutas. Nuestro pueblo vive en gran medida de lo agropecuario, pero el hecho de que se despueble es claro indicador que



los jamones y las vacas no son suficiente.

Desde hace ya algunos decenios, lo que mantiene con vida a muchas localidades sin industria es el turismo. Es decir, la capacidad que esa localidad tenga para generar interés en visitantes ociosos. ¿Y qué tenemos en el pueblo

para atraer a visitantes ávidos de gastar dinero? Tenemos una iglesia del siglo XVI cuyas trazas fueron realizadas por Hernán Ruíz I, por lo que podemos emparentarla con la capilla mayor y crucero de la catedral de Córdoba. Tenemos unos bellos paisajes pero que, no nos engañemos, no son los acantilados de Dover ni los paisajes calizos de la Capadocia turca. Luego tenemos un pequeño gran atractivo gastronómico, el lechón. Este último tal vez podría servir para atraer turistas, aunque, bien mirado, un premio a quien sea capaz de comer más raciones de lechón en una hora va a atraer a opíparos glotones durante un día y santas Pascuas. No sirve tampoco

entonces el lechón como atractivo principal, aunque sí como complemento, como la iglesia, el paisaje y la ermita de la Virgen de Guía y sus frescos. También podríamos incitar a los turistas a ver cómo rumian las vacas y vendernos como destino **slow** (lento, calmado), pero entraríamos inevitablemente, a ojos de las personas inteligentes, a ser considerados como un pueblo de zurríntos que se contenta con ver rumiar a las vacas.

Aunque la ecuación parece difícil, y yo, que trabajo con turistas alemanes, sé de lo que hablo, resulta que sí hay ciertas potencialidades en el pueblo que habría que exprimir, es más, en las que todo el pueblo habría de volcarse. Contamos, y esa es una potencialidad, con uno de los cielos más limpios de España. Un cielo en el que se pueden ver las estrellas y también planetas cercanos como Marte. Y para más inri, contamos con un observatorio astronómico, privado si no me equivoco, que creo que no está suficientemente aprovechado por Villanueva del Duque para atraer visitantes. El pueblo debería comprometerse con ese activo y entregar parte de su futuro a darse a conocer como «un pueblo bajo las estrellas». No solo debería de llegarse a algún tipo de colaboración con dicho observatorio sino que el pueblo debería volcarse hacia el cielo. En otras palabras, llenar nuestras calles de alusiones al cosmos, inaugurar una estatua a Gagarin, traernos una reproducción del Apolo XII, llamar Laika o Cabo Cañaveral a nuestros bares e inventar un sofisticado cóctel que se llamaría Sputnik (una parte de Resolí, una de gin, rodaja de limón, dos cubitos de hielo y grano de café) y que nos pondría en órbita. No estaría mal transformar la antigua panadería de mi abuelo Doroteo en museo del espacio, tan cerca ella de la carretera, y, debido a la supongo falta de presupuesto, llenarla con imaginación, por ejemplo, con sellos de correos dedicados al espacio (dono ya mi colección), tebeos dedicados al espacio, fotografías de los grandes científicos que lo lograron, incluso de los percances y los astronautas muertos (los turistas son muy macabros, seguro que funciona). Las calles del pueblo dejarán de llevar esos insulso nombres como

la que yo nací, calle de la Ronda (¿de qué ronda? ¿De rondar?) Y se llamarían calle Cinturón de Asteroides, calle de **Yo he visto naves ardiendo más allá de Orión** (frase de Blade Runner) o calle Valentina Tereshkova, que fue la primera mujer que viajó al espacio. Este vuelco al cosmos se complementaría con un festival de cine de verano dedicado al espacio, donde podrían ver los visitantes en pantalla grande la maravillosa **Solaris** de Andréi Tarkovski o **2001 Odisea del espacio**. Y el filón, contando con las películas americanas del espacio de serie B de los años 50, es infinito. Créanme, hay mucho fricki que vendría incluso desde más allá de Bilbao a ver estas películas en pantalla grande. Ya puestos, proyectaríamos **Viaje a la Luna** (1902, Georges Méliès), muda, con música en directo de acompañamiento del grupo de rock selvático-surfero Pelo Mono. Porque, ¿sabían ustedes que existe una modalidad de la música surf-rock dedicada a los sonidos espaciales? Y esos aficionados a la música surf espacial, a bandas como **Man or Astroman?** y su surf sideral buscarían una semana de hospedaje en Villanueva del Duque para no perderse el festival musical, y llenarían los bares con su estética rockabilly.

Por supuesto que los más avisados del pueblo, además de vender raciones de lechón, se aprovecharían del merchandising y venderían postales de la perrita Laika con su casco de la CCCP, libros sobre apariciones alienígenas, LPs de música surf, carteles de cine espacial, trajes de cosmonauta para bebés, camisetas con un paisaje de lluvia de meteoritos sobre los Pedroches (sí, también hay que comprar restos de algún meteorito y pedirle a la NASA algo de polvo lunar para el museo), reproducciones del Plutón, ahora que el pobre ha pasado de planeta a planetoide. Y así, poco a poco, nuestro pueblo pasará a convertirse en referente no solo entre los aficionados a la astronomía, sino también entre todos aquellos que miran al espacio y se preguntan si estamos solos. Urge, antes de que el pueblo se quede más solo aún, mirar a las estrellas y sentirnos parte de ellas, y ya puestos, vivir de ellas.

